

El neurosismo manda

Ofrece tan lamentables y horriblos contrastes la vida ciudadana en las grandes metrópolis, que precisa templar el ánimo antes de que la mente se intrigue con los laerinticos problemas que se suceden, con rapidez pasmosa, en aquellos ámbitos sociales donde el neurosismo, que es la plaga de moda, manda y se impone, con vejamen, al sujeto, en circunstancias especiales y en momentos que, a veces, escapan a la más sutil observación.

Ello sucede, más que en otras ciudades en la nuestra, por ser ella refugio de pícaros y holgazanes, emporio de un intelectualismo ubérrimo, semillero de politiqueadores de obscura ralea, alcázar de un genio industrial que en nada aprovecha a sus menguados mercaderes, tierra fecunda donde aclimata y echa raíces la bellaquería exótica, playa abierta a las más opulentas manifestaciones del arte, de la literatura, de las ciencias.

No será, pues, tarea difícil para el cuentista—llamémosle así—que narra habitualmente amarguras ajenas, seleccionar tres momentos, tres ámbitos y tres sujetos dis tintos con los que procure al bondadoso leyente unos minutos de regocijo.

Y dicho esto, nadie se escandalice por oír contar, sin ingenio, lo que, de puro sabido, se tiene olvidado.

La piadosa cortina que oculta discreta las miserias humanas asciende con lentitud a las alturas de la tramoya y aparecen en escena los personajes.

La farsa empieza.

Primer momento

Ambito.—El tocador de una señorita del gran mundo.

De ese mundo banal todo ficción y tar tufería.

Decoran el estucado aposento, un lienzo de Romero Torres, un tapiz de Oriente, unas porcelanas de Sevres, unos encajes de Bruselas y una vitrina Luis XV atestada de sortijas, pendientes, cadenas, pulseras, collares, pasadores y abanicos de todas las épocas y para todos los gustos.

En el lavabo, una jabonera de cristal, una

esponja de goma, unas tenacillas enmohecidas con mango de caoba y un neceser japonés con dos peines de concha, una polvera de plata y docena y media de botellitas y frascos con esencias, extractos y cosméticos de Atkinson, el delicioso perfumista londinense.

En una mesa portátil, un estuche de manicura, una jeringa de Právaz, unos inyectables de morfina, un búcaro con crisantemos, una cajita de Muratti's, un retrato de Max Linder y un libro de Belda.

En un diván forrado de raso azul, un vestido de sarga y glacé y un pechero de linón con botones de Irlanda.

En un ángulo, un pequeño bombo, y junto a él unos borcuéguies de charolina y unas chinelas bordadas al realce.

En el suelo una piel de oso blanco y colgante de una pared, un espejo, frente a otro que lo es del alma... El alma de una mujer de ojos grises, pelirroja y escuálida.

Sujeto.—Manola... Hija única y caso único.

Las odaliscas ociosas que pueblan los ha remis de la India, mucho podrían aprender de ella... Esos surcos violáceos que arrancan de sus comisuras palpebrales, son una revolución psicopatógica.

El papá de Manola, que en el infierno quema, murió de una apoplejía fulminante horas después de haber doblado el capital en una especulación financiera que dejó a muchas familias en la miseria.

La mamá, que habla esperanto, cría palomos y juega al Blique, teme a Manola más que a una turbonada. Sabe que a su hija hay que dejarla hacer lo que la venga en gana. Si se la contraría, Manola se pone nerviosa, muy nerviosa, excesivamente nerviosa, y le da un espasmo durante el cual se retuerce como una vívora y se muerde la lengua y se arranca el cabello y se clava las uñas en los muslos hasta que la sangre mana.

Esos ataques que con tanta oportunidad le dan a Manola, obedecen a una causa prima que los hombres de ciencia llaman histerismo y los profanos mala educación. ¡El nombre es lo de menos!

Manola, impaciente, excita el celo de la doncella para que termine cuanto antes su tocado.